

—Tholomyés, dijo Blachevelle, contempla mi calma.

—Tú eres el marqués de ella, respondió Tholomyés.

Ese juego de palabras de mediano gusto produjo el efecto de una piedra arrojada en un barco (1). Todas las ranas se callaron.

—Amigos míos, continuó hablando Tholomyés con el acento del hombre que ha recobrado su imperio; serenaos. No hay que acoger con estupor ese *calembour* caído del cielo. No todo lo que cae de ese modo es digno de entusiasmo y de respeto. El equívoco es el excremento del génio cuando vuela; la secreción cae en cualquier parte, y el talento, después de segregar una necedad, se remonta y se pierde en el azul del cielo. La materia blanquecina que cae y se aplasta contra una roca, no impide que el condor siga volando. Lejos de mí la idea de insultar á los equívocos. Los respeto en proporción á sus méritos, pero nada más. Han dicho equívocos las personas más augustas y más sublimes de la humanidad. Jesucristo dijo uno acerca de San Pedro; Moisés otro sobre Isaac; Esquilo acerca de Polinice, y Cleopatra acerca de Octavio; y advertid que el equívoco de Cleopatra precedió á la batalla de Accio, y que por él nos acordamos de la ciudad de Toryne, nombre griego, que significa cucharón. Concededme esto y continuó.—Hermanos míos, os lo repito, basta de barullo, basta de excesos en chistes, en juegos de palabras, en todo. Escuchadme, ya que estoy dotado de la prudencia de Anfiarao y de la calvicie de César. Deben tener límites hasta los geroglíficos. *Est modus in rebus*. Deben tener límites hasta las comidas. Señoras mías, sé que os gustan las tortas de manzana, pero no abuseis de ellas, porque hasta en el comer tortas debe haber arte y buen sentido. La glotonería castiga al gloton. Gula castigó á Gulax. Dios encargó á las indigestiones que moralizasen los estómagos. No olvidéis que cada una de nuestras pasiones, incluso el amor, tiene su estómago, que es preciso no llenar demasiado.

En todo es conveniente escribir á tiempo la palabra *finis*; preciso es contenerse, y en caso de urgencia echar el cerrojo al apetito; aprisionar la fantasía y ser uno mismo su propio carcelero. El sábio es el hombre que sabe contenerse.

(1) El juego de palabras consiste en que *mi calma* se dice en francés *mon calme* y se pronuncia *Moncalm*, que era el título de un marqués realista de aquella época.—(N. del T.)

Tened confianza en mí, que porque haya estudiado algo de leyes, como acreditan mis exámenes; porque sepa la diferencia que existe entre la cuestión incoada y la cuestión en litigio; porque sostuviere una tesis en latin sobre la manera de dar tormento en Roma en la época en que Munatins Demens era cuestor del parricida; porque sea doctor pronto, según parece, no se deduce necesariamente de todo lo dicho que yo sea un imbécil. Os recomiendo, á fé de Félix, la moderación en los deseos. ¡Dichoso aquel que suena la hora y abraza un partido heróico, como Sila ó como Orígenes!

Favorita escuchaba con profunda atención.

—Félix, exclamó; qué bonito nombre! Debe ser latino y significar lo mismo que Próspero.

Tholomyés continuó sin hacer caso de lo que decía Favorita.

—*Quirites, gentlemen!* Caballeros amigos míos. ¿Quereis no sentir ningún aguijón, no necesitar el lecho nupcial y desafiar al amor? Pues nada es más sencillo. Os voy á dar la receta: Mucha limonada, mucho ejercicio y trabajo forzoso. Desanimaos, arrastrad peso, no durmais, velad; agua de nitro á todo pasto y tisanas de ninfas; saboread emulsiones de adormideras y de agnocasto; sazoad todo esto con severa dieta; reventad de hambre; tomad baños fríos y bizmas de yerbas; aplicaos una placa de plomo, lociones con el licor de Saturno y fomentos con el oxicato.

—Prefiero la mujer á todo eso, contestó Listolier.

—La mujer! replicó Tholomyés. Desconfiad de ella. ¡Desgraciado del que se entrega al corazón cambiante de la mujer! La mujer es pérfida y tortuosa. Detesta á la serpiente por celos del oficio: la serpiente es para la mujer lo que la tienda de enfrente para el tendero.

—Tholomyés, tú estás borracho, gritó Blachevelle.

—Quién sabe!

—Pues ponte alegre.

—Consiento con mucho gusto, respondió Tholomyés, y cogiendo el vaso se levantó y dijo:

—Gloria al vino! *Nunc te Bache, canam!*

Con perdon vuestro, niñas, esto es español. La prueba voy á darla. Según es el pueblo así es el tonel. La arroba de Castilla tiene diez y seis litros; el cántaro de Alicante, doce; el almud de Canarias, veinticinco; el cuartal de las Baleares,

veintiseis; la bota de czar Pedro, treinta. ¡Viva este czar, que era grande, y viva su bota, que era más grande todavía!...

Os voy á dar, niñas mías, un consejo de amigo. Equivocad la puerta de un vecino con la de otro: lo natural en el amor es equivocarse. La mujer enamorada no ha de acurrucarse ni embrutecerse como las criadas inglesas, que crían callos en las rodillas. No fué creada para eso, sino para errar alegremente. Dicen que el error es humano: yo digo que es enamorado. Jóvenes encantadoras, os amo á todas. Oh, Zefina; oh, Josefina! cara que empieza á arrugarse; ¡serias hermosa si no estuvieras ladeada! Tienes bonita cara, sobre la que por equivocación parece que se haya sentado alguno. En cuanto á Favorita, recuerdo que un día que Blachevelle cruzaba por el arroyo de la calle de Guerin-Boisseau, vió una muchacha con media blanca y estirada, que enseñaba las pantorrillas: este prólogo le gustó y se enamoró, se enamoró de Favorita. ¡Favorita, tienes labios jónicos! En Grecia hubo un pintor llamado Eufosion, al que apellidaron el pintor de labios. Solo aquel griego sería digno de pintar tu boca. Antes de que tú nacieras no había criatura digna de ese hombre. Fuiste creada para recibir la manzana, como Vénus, ó para comerla, como Eva. La belleza empieza en tí. Mencioné á Eva, pero tú fuiste quien la creaste. Mereces el privilegio de invención de la mujer hermosa. Dejo de tutearos, porque paso de la poesía á la prosa. Habláis de mi nombre hace poco y esto me ha enternecido, pero hay que desconfiar de nuestros nombres. Los nombres pueden engañar. Yo me llamo Félix y no soy feliz. Las palabras son embusteras y no las debemos creer ciegamente. Sería un error pedir á Lieja tapones y á Pau guantes. Miss Dalia, yo en tu lugar me llamaría Rosa: la flor debe oler bien y la mujer debe tener chispa. Nada tengo que decir de Fantina, que es una soñadora, una pasionaria, una sensitiva, un fantasma en forma de ninfa y con el pudor de una monja, que se extravía en la vida de griseta, pero que se refugia en la de las ilusiones; que canta, reza y mira al cielo sin saber de lo que ve ni lo que hace, y mirando á la inmensidad, vaga por un jardín en el que vé más pájaros que existen. Fantina, es menester que sepas que yo, Tholomyés, no soy más que una ilusión; pero ni siquiera me oye la hija rubia de las quimeras. Por lo demás, brillan en tí

la frescura, la suavidad, la juventud y la claridad de la aurora. Debías llamarte Margarita ó Perla: eres una mujer oriental. Niñas mías, voy á daros otro consejo: no os caseis. El matrimonio es un ingerto: en unos prende bien y en otros mal. Huid, pues, del riesgo. Pero hablo en vano; mis palabras se las lleva el viento. Las mujeres en este punto son incurables, y todo cuanto digamos nosotros los sábios no podrá impedir que las chalequeras y ribeteadoras sueñen tener maridos ricos y llenos de diamantes. Enhorabuena; pero no olvidéis, hermosas mías, que comeis demasiado azúcar, y habeis de saber que el azúcar es una sal. Toda sal es secante, y la más secante de todas las sales es el azúcar. Absorbe al través de las venas los líquidos de la sangre y produce la coagulación y después la solidificación de la sangre, de que provienen los tubérculos en el pulmón, luego la muerte. Por eso la diabetes confina con la tisis. Así, pues, no comais azúcar y vivireis.

Ahora, compañeros, me dirijo á vosotros y os digo que hagais conquistas. Quitaos las queridas los unos á los otros sin miramiento. Cambiad de parejas. En el amor no hay amigos. Por todas partes donde haya una mujer hermosa están abiertas las hostilidades. ¡No haya cuartel! guerra á muerte! Una mujer bonita es un *casus belli*; una mujer hermosa es un delito flagrante. Todas las invasiones de la historia las marcan las faldas. La mujer es el derecho del hombre. Rómulo robó las sabinas; Guillermo robó las sajonas; César robó las romanas. El hombre que es correspondido se cierne como un buitre sobre los amores del prógimo. A todos esos infortunados que están viudos les dirijo la sublime proclama de Bonaparte al ejército de Italia: "Soldados, careceis de todo. El enemigo lo tiene."

Tholomyés hizo una pausa.

—Escupe, le dijo Blachevelle, y después seguirás hablando.

Al decir esto, apoyándose en Listolier y en Famenil, entonó con cadencia lastimera uno de esos cánticos de taller, compuesto de las primeras palabras que ocurren á la imaginación, medio rimados, vacíos de sentido, y que nacen del humo de los cigarros y se desvanecen como él.

No era esta canción á propósito para calmar la improvisación de Tholomyés, y éste vació el vaso, lo llenó otra vez y comenzó hablando:

—Abajo la sabiduría. Olvidad cuanto llevo dicho. No seamos recatados, ni prudentes, ni hombres de seso. ¡Alegrémonos! Completamos los cursos de derecho con la locura y con el alimento. Indigestion y digesto. ¡Que sea Justiniano el macho y francachela la hembra! ¡Que rueda la creacion! El mundo es una bola de diamante. Soy feliz. ¡Los pájaros me admiran! El ruiseñor es un Farinelli que gozamos gratis. ¡Te saludo, verano, y a tí tambien, Luxemburgo! ¡Oh, niñas encantadoras, que mientras cuidais de los niños os divertís en bosquejar otros! Las pampas de América me gustarian si no tuviese tan á mano las arcadas del Odeon. Mi alma vuela hácia los bosques vírgenes y hácia las praderas primitivas. Todo es bello. Las moscas zumban, revoloteando alrededor de los rayos del sol. De un estornudo del sol ha nacido el colibrí. Abrázame, Fantina.

Tholomyés se equivocó y abrazó á Favorita.

VII.

Muerte de un caballo.

Se come mejor en casa Edon que en casa de Bombarda, dijo Zefina.

—Pues yo prefiero esta casa, declaró Blachevelle. Hay más lujo en su fonda, y sino mirad en la sala de abajo qué profusion de espejos hay en las paredes.

—Pero yo no me los he de comer, le contestó Favorita.

—Mirad aquí los cuchillos con mango de plata, mientras los tienen de hueso en casa de Edon, insistió Blachevelle. La plata es más preciosa que el hueso.

—Escepto para los que tienen la barba de plata, observó Tholomyés, dirigiendo la vista á la cúpula de los Inválidos, que se veia desde las ventanas de casa Bombarda.

Hubo una pausa en la conversacion.

—Tholomyés, dijo Famenil, hace poco Listolier y yo sosteníamos una discusion.

—Discutir es bueno, pero reñir es mejor, respondió Félix.

—Disputábamos sobre filosofía.

—Sobre qué?

—¿A quién prefieres tú, á Descartes ó á Espinosa?

—A Desangiers, contestó Tholomyés.

Dictada esta sentencia, bebió y continuó hablando.

—Consiento en vivir. Todo no ha sido cluido en el mundo, porque tod^{era el} se

puede disparatar. Doy gracias por esto á los dioses inmortales. Se miente, pero se rie. Se afirma, pero se duda. Lo inesperado brota del silogismo, y esto es muy hermoso. Aun quedan hombres en el mundo que saben abrir y cerrar la caja de sorpresas de la paradoja. Lo que estais bebiendo tranquilamente ahora, señoritas, es vino de Madera, de la cosecha del Corral das Freiras, que se halla á trescientas diez y siete toesas sobre el nivel del mar. El señor Bombarda, el magnífico fondista, os dá esas trescientas diez y siete toesas por cuatro francos y cincuenta céntimos.

Famenil le interrumpió otra vez:

—Tholomyés, tus opiniones son leyes. Cuál es tu autor favorito?

—Ber...

—Quién?

—No: Col.

Tholomyés prosiguió:

—Honor á Bombarda! Se igualaria á Munofis de Elefanta si pudiera alcanzarme una bailarina de Oriente, y á Tigelion de Cheronea si pudiera traerme una hetaira; porque, señoras mias, tambien habia Bombardas en Grecia y en Egipto. Apuleyo nos lo refiere. Siempre hay las mismas cosas, nada es nuevo. *Nihil sub sole novum*, dijo Salomon. *Amor omnibus idem*, dijo Virgilio, y Carabin se mete en Carabina en la barca de Saint-Cloud, como Aspasia se embarcaba con Pericles en la escuadra de Samos. ¿Sabéis quién era Aspasia, niñas mias? Aunque vivió en tiempos en que aun no se concedía que tuviesen alma las mujeres, ella la tenia: tenia el alma de color de rosa y de púrpura; más encendida que el fuego y más fresca que la aurora. Aspasia era una criatura en la que se tocaban los dos extremos de la mujer: era la diosa prostituida. Sócrates unido á Manon Lescant. Aspasia fué creada para el caso de que le hubiese faltado un molde á Prometeo.

Desbocado Tholomyés en el monólogo, difícilmente se hubiera detenido, á no caer un caballo en la calle en aquel momento. Al choque del vehículo que arrastraba se pararon la carreta y el orador. Era el animal una yegua normanda, vieja y flaca, digna del mata-dero, que conducia un carro muy pesado. Al llegar ante la puerta de casa Bombarda, agotadas ya sus fuerzas, se negó á dar un paso más. Este incidente atrajo mucho público. En cuanto el carretero, indignado, jurando, pronunció con la conveniente energía la palabra

sacramental *jarre!* acompañada de implacable latigazo, la yegua cayó al suelo para no volverse á levantar. Al ruido de la gente, los alegres oyentes de Tholomyés volvieron la cabeza, y éste aprovechó la ocasion para cerrar su discurso con esta melancólica estrofa:

*Era una yegua que arrastró carretas,
y el sino de las yeguas le tocó;
era rosa y vivió lo que las rosas,
el brevísimo término de un sol.*

—Pobre yegua! exclamó Fantina.

—¿Tambien vas á compadecerte de los animales? Se necesita para eso ser tonta de capirote, repuso Dalia.

En aquel momento Favorita, cruzándose de brazos y echando la cabeza hácia atrás, miró resueltamente á Tholomyés y le dijo:

—Cuándo viene la sorpresa?

—Precisamente en este instante, respondió Félix. Ha llegado la hora de sorprender á estas señoras, caballeros. Hijas mias, esperadnos un momento.

—La sorpresa empieza por un beso, dijo Blachevelle.

—En la frente, añadió Tholomyés.

Cada uno depositó con gravedad un beso en la frente de su querida: despues se dirigieron hácia la puerta los cuatro en fila, con el dedo índice puesto sobre los labios.

Favorita palmoteó al verlos salir.

—Esto es muy divertido! exclamó.

—No tardeis mucho, dijo Fantina, que os estamos esperando.

IX.

Alegre fin de la alegría.

Quando quedaron solas las jóvenes se apoyaron dos á dos en la baranda de las dos ventanas, sacaron fuera de éstas las cabezas y se hablaban de una ventana á la otra.

Vieron salir á los cuatro jóvenes de casa de Bombarda, cogidos del brazo: éstos se volvieron, les hicieron señas y desaparecieron riéndose entre la empolvada muchedumbre que invade los domingos los Campos Elíseos.

—No tardeis mucho! gritó Fantina.

—Qué nos traerán? preguntó Zefina.

—De seguro alguna cosa bonita, dijo Dalia.

—Yo quisiera que fuese de oro, replicó Favorita.

Pronto las distrajo el movimiento de la gente que pasaba por allí cerca y que se veia por entre las ramas de los gran-

des árboles. Era la hora de la salida de los correos y de las diligencias. Casi todos los carruajes del Mediodía y del Oeste pasaban entonces por los Campos Elíseos. La mayor parte de ellos seguian por el muelle y salian por la puerta de Passy. De vez en cuando alguna voluminosa diligencia pintada de amarillo y negro, pesadamente cargada, con ruidoso atalaje, llena de cabezas que en seguida desaparecian, cruzaba al través del gentío.

Aquel extrépito alegraba á las jóvenes y Favorita exclamaba:

—Qué estruendo! ¡Parece que esas diligencias arrastran montañas de cadenas!

Sucedió que uno de dichos carruajes, que apenas se distinguia por entre la espesura de los olmos, se paró un momento y luego partió al galope. Esto chocó á Fantina.

—Es singular! dijo; yo creia que la diligencia nunca paraba.

Favorita se encogió de hombros, diciendo:

—Qué cosas tiene Fantina! ¡Se asombra de todo!...

—Suponte que yo soy un viajero que le digo á la diligencia: voy delante: subiré cuando paseis por el muelle. La diligencia llega, me ve, se pára y subo. ¡No sabes lo que es la vida!...

Cuando pasó algun tiempo, Favorita, con el movimiento del que se despierta, exclamó:

—Y la sorpresa?

—Es verdad! ¿Cuándo viene la famosa sorpresa? añadió Dalia.

—Mucho tardan! observó Fantina suspirando.

Poco despues de las anteriores palabras entró el camarero que les habia servido la comida. Llevaba en la mano algo que se parecia á una carta.

—Qué es eso? le preguntó Favorita.

—Un papel que los señores me han dejado para las señoritas.

—¿Por qué no nos lo habeis entregado antes?

—Porque me mandaron que no lo entregase hasta despues de una hora de la salida de los señores, respondió el camarero.

Favorita arrancó el papel de las manos del sirviente.

Era efectivamente una carta.

—Calla! exclamó: no trae en el sobre el nombre, ni direccion, pero tiene escrito lo siguiente:

ESTA ES LA SORPRESA.